

rial que ya nada podía salvar de la hecatombe, naufragaba también en la angustia de su propia miseria espiritual. Por ello, el romano del Bajo Imperio fué desesperado y sediento a la búsqueda de una religión que diera calor a su infinito vacío y que le sirviera de soporte ej medio del terremoto en que se hundía el piso social de su existencia colectiva.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO VIII

A LA BUSQUEDA DE OTRA VIDA

A medida que las instituciones naufragaban en su misión de conservar la integridad del imperio, una sensación de inseguridad, temor y angustia se fué apoderando de los romanos. "En tanto que la amenaza de los bárbaros iba en aumento --nos dice Kreglinger-- y en el interior las disensiones ensangrentaban el imperio, no había ya un dios para el cual el bien del Estado, la grandeza de Roma, constituyera el mayor de los ciudadanos; ningún Dios, tampoco, cuya común adoración practicada por todos los ciudadanos, sirviera de cimiento a la unidad nacional. Las fronteras se abrían más cada vez a las incursiones enemigas: era ne-

cesaria la existencia de un Dios con quien se pudiera contar para defenderlas." (1)

Se intentó restaurar el culto a las divinidades que presidieron la vida triunfal de la República, sin éxito. La fe romana había sido, insensiblemente, minada por la insurgencia de numerosos dioses llegados desde todos los confines del imperio y adorados por grupos interesados. Y en esta hora en que tan precisada se encontraba Roma de la unidad imperial, le hacía falta, con urgencia, un Dios universal que devolviera la fe y la confianza perdidas. De allí es que los romanos comenzaron a ver a sus emperadores como seres sobrenaturales dotados de facultades divinas. (2) Este será el momento en que Roma dará de boca con una religión universal y con un Dios único, supremo y poderoso, un Dios que será la personificación del bien y la justicia y que se lanzará contra el mundo horrible creado por el lucro. Será el dios de los vencidos y la religión --el cristianismo-- la fuerza coagulante de un orden social que se hundía en el caos, en la desesperación y en la angustia.

(1) R. DE LA GRASSERIE y R. KREGLINGER: Op. Cit. Pág. 336

(2) Se aseguraba que Claudio y Vespasiano curaban enfermos con sólo tocarlos y que Augusto era hijo de Apolo, etc.

científico, y sobre todo, la concepción y construcción de la ciudad, son expresiones claras del espíritu de lucro, son el resultado del esfuerzo humano sostenido, aguijoneado tenazmente por el lucro. Mas, es en la ciudad en donde se conjugan y se afinan, en una armoniosa decantación, todos los conocimientos acumulados y dispersos de los 10 milenios anteriores. Por ello, la ciudad ha sido, quizás, el producto más característico del lucro.

Hasta este instante hemos percibido una clara continuidad en la conducta del hombre occidental. Nos ha sido posible seguir sus rastros sociales; sus actividades económicas y tenemos absoluta conciencia de la continuidad de su pensamiento, de su inquietud intelectual. Este hombre que hoy nos encontramos en la vertiente umbría del siglo III de nuestra era puede ser un romano del Lazio, pero lo más seguro es que sea un romano de Córdoba, o de Antioquía; de Delos o de Alejandría. Este hombre ha sido, en cierto modo, el usuario confiado y próspero de la cultura levantada por el lucro. Y por ello mismo, llevará dentro de sí, los agentes de su propia inseguridad.

Ya dijimos antes que el ímpetu del lucro sólo puede ser substituido y sometido en su necesidad vital por un sentimiento así mismo avasallante: el sentimiento religioso. Y este es precisamente lo que va a ocurrir aquí, en Roma, joya incandescente de un mundo que avanza hacia las sombras y que brilla entonces como la expresión suprema del

espíritu de lucro que ya fisonomizaba a la Civilización Occidental.

El período de la habilidad ha ido dejando un ancho rastro de vencidos a todo lo largo del curso de la cultura occidental. No se trata de obreros sometidos por la violencia a la brega agotadora de los talleres; tampoco de los campesinos desarraigados de su heredad o simplemente desposeídos de sus tierras; tampoco del mercader venido a menos cuando se perdió una guerra, ni de las caudalosas y extrañas multitudes sometidas a la esclavitud. Era todo eso, desde luego, y algo más. Era la gigantesca y formidable población de los vencidos en la lucha por la supervivencia en el período de la habilidad. Todos los que padecían un defecto físico insuperable; los que eran cobardes; los que nacían débiles; todos aquellos que jamás podrían superar una deficiencia original. Y estos habían sido los mismos en Tebas que en Memphis; en Ur,

Kirsh, Laggar, Nippur y Eridu; en Susa y Nínive, Babilonia y Abidos; Sido, Tiro y Cartago; Knosses, Micenas, Miloto, Esmirna, Efeso y Atenas. Y eran todos aquellos otros, muchos más, nuevos en Roma. Esta naturaleza de los desposeídos era el sentimiento de frustración que a lo largo de diez siglos fué incubándose en el mundo antiguo y que en la Roma del siglo III y IV nutría la efervescencia de su plebe tormentosa, un sub-mundo explosivo que se revolcaba sin cesar por las calles de Roma y en alguna otra ciudad itálica; que aguardaba en plazas públicas el reparto gratuito de pan y trigo (1) y en las graderías del coliseo un espectáculo cada vez más bestial y primitivo. Era un sub-mundo sin fe que rumiaba, quizás escéptico, algún lampo de glorias pasadas, pero que hoy, en el crepúsculo del siglo IV, nada esperaba ya y en nada creía; un sub-mundo que poco respetaba la palabra de los hambres, y, menos aún, aguardaba de los dones de la tierra. En este territorio nauseabundo, corrompido, hambriento y perezoso comenzó a germinar la más poderosa religión de todos los tiempos, única fuerza entonces capaz de frenar el ímpetu del lucro y de berrar del alma humana el instinto natural de almacenar.

Dios entra a Roma con el hambre y en la furia del sub-

(1) "Aquella plebe vivía de las distribuciones, gratuitas o casi gratuitas, proporcionadas por el Estado, distribuciones de trigo o de pan, luego de aceite y de carne, a las que se agregaron, a partir del siglo III, distribuciones de vino, de sal y hasta de túnicas y pañuelos." R. LATOUCHE: "Orígenes de la Economía Occidental"-(Siglos IV-XI)" - UTREHA - Pág. 11

mundo que fué apoderándose de sus calles y que procedía de Cartago, Cádiz, Sicilia, Egipto, en fin, de todo el mundo conquistado. Entró por distintas rutas y sobre diferentes espaldas.



En los momentos en que esto ocurre se inicia la declinación irremediable de los dioses capitolinos. Era poco ya lo que éstos podían ofrecer a la angustia de los romanos, de allí el que estos fueran permeables al arribo de nuevos cultos, particularmente a los que procedían del Oriente. Ahora no era preciso e indispensable ser oriundo del país del Dios que se adoraba. Cada ciudad, pueblo o país era libre de elegir su propio Dios, de acuerdo a sus necesidades y conveniencias, razón por la cual los Dioses perdieron su carácter nacional, regional y tribal que antes era parte de su esencia, para convertirse en dioses libres y aptos para la veneración de cualquier individuo. En estos instantes el individuo no buscaba dioses que fueran capaces de salvar a un imperio o a un pueblo; ahora

solicitaba un Dios que le garantizara la propia salvación o que le asegurara otra vida. (1) Y es así, por los caminos de esta duda y esa desesperanza, como Roma descubre que ninguno de sus dioses tutelares puede salvarla de la amenaza de los bárbaros, ni del desorden y el caos interior. Entonces Roma, sigilosamente, comienza a adentrarse en los misterios que esconden las catacumbas y así, entre la clandestinidad, el miedo y la desesperanza, cae en el claustro materno del cristianismo.

Y hubo de ser el cristianismo, porque resultaba la religión más apta para el momento que vivía Roma. Diseminados después sus feligreses por todo el mundo, el pensamiento cristiano fué dúctil a la influencia de las diferentes culturas y los distintos cultos locales. A la altura del siglo IV ya era un sólido cuerpo de principios y prácticas sincréticas. Tema de otros cultos cuanto puede ser utilizable. La concepción paulina que hace de las versiones populares de Jesús un verdadero Dios, justo, humano y sobre todo pobre, humilde y vencido, entrega al sub-mundo corrompido de Roma una bandera y una fe. Ya éste no será un dios exclusivamente palestino. La iglesia que sobre su nombre se levanta permitirá a los nuevos adeptos paganos cultivar sus tradiciones, sus cere-

(1) Los romanos trataron desesperadamente de improvisar dioses. Crearon el culto a la Diosa Roma, sin éxito. Exacerbaron el culto al Emperador, dándole poderes religiosos y sobrehumanos. Se popularizó en tiempo de Julio, la astrología, intensamente cultivada en Siria, etc.

monias familiares, y alguno que otro dios pagano aparecerá como santo en la nueva religión. "La Virgo Caelestis de las religiones orientales sobrevive en la Virgen madre de Cristo. Aún en nuestros días se celebran las más brillantes de las solemnidades paganas, así la fiesta consagrada al sol el 25 de diciembre en la que se fijó, para justificar su adopción, el nacimiento de Jesús, antes generalmente conmemorado bien en Abril o bien el 6 de Enero." (1) En Alejandría, influidos por los trabajos de Filón, surge entre los intelectuales una poderosa célula cristiana. "Sin duda, la doctrina del Logos --nos dice Kreglinger-- era completamente extraña a la esencia del cristianismo y hubo grupos de cristianos, como los alogos, que se negaron absolutamente a aceptarla. Pero otros veían en ella la solución adecuada de los inquietantes problemas. Mas, para estos monoteístas, era imposible explicar la divinidad de Cristo junto a la del Logos, detentador único y supremo de la energía divina: se afirmó audazmente que Cristo y el Logos eran idénticos; esta es singularmente la tesis del cuarto evangelio, redactado en los comienzos del siglo II en Asia Menor y seguramente arreglado más tarde bajo influencias romanas." (2)

Esta visión universal de la nueva doctrina cautiva y se impone rápidamente. San Agustín, un pagano neo-platónico y ferviente maniqueísta, dará al naciente cristianismo

(1) R. DE LA GRASSERIE y R. KREGLINGER: Op. Cit. Pág. 349

(2) R. DE LA GRASSERIE y R. KREGLINGER: Op. Cit. Pág. 349

la elegancia y profundidad ecuménica que le permitieron viajar desde las catacumbas a las plazas y a los palacios. Ya estaba, pues, en movimiento, la primera Iglesia Universal. La antigua organización en la cual cada comunidad cristiana vivía independientemente, administrada por unos presbíteros y fiscalizada por inspectores, los obispos, fué sustituida, a partir de fines del siglo I, por una organización en la cual toda una comunidad es dirigida por un solo obispo. En el siglo IV el Obispo de Roma, a la sombra de la leyenda de Pedro, impendrá su autoridad a los obispos de Constantinopla, Antioquia, Jerusalén y Alejandría. Este es el final de un largo itinerario. Ahora, la religión que se inició como la fe del sub-mundo romano, será la religión de los emperadores.

El Cristianismo y el Colapso del

Mundo Antiguo

La causa profunda del hundimiento irrecobable del mundo antiguo fué religiosa. El cristianismo, que surge como solución de vida para el sub-mundo romano, se lanzó

tiempo como rechazo a toda tentativa de planificación y hasta de toda organización del trabajo." (1) En estos sencillos principios de la concepción económica cristiana de las postrimerías del imperio, encontramos la negación más rotunda de toda la actividad económica antigua. Esta fué movida por el lucro y se dedicó a producir excedentes, a su almacenamiento y a planificar la manera de conservarles y renovarles. El cristianismo primitivo, postula lo contrario: condena todo excedente, toda acumulación, y condena, así mismo, todo esfuerzo o trabajo que pueda procurar alguna satisfacción material.

"Limitémosnos a pedirle a la tierra —dice San Agustín— aquello que necesitamos para vivir y para cubrirnos, pues los que quieren ser ricos caen en los lazos de la tentación y son presas de numerosos deseos tan torpes como múltiples que les arrastran a la muerte y a la condenación. La codicia es la raíz de todos los males", y advierte así mismo, que "los hombres han venido a este mundo sin traer nada y que lo dejarán sin poderse llevar tampoco nada".

(1) R. LATOUCHE: Op. Cit. Pág. 46

Una de las manifestaciones prácticas más notables de la nueva Iglesia contra el orden económico antiguo fué la condena del préstamo por interés. Este había sido un acto de comercio corriente en la antigüedad. Recordemos que los hebreos del esplendor, cuando en asocio de los fenicios organizaron las primeras empresas mixtas para traficar en el extranjero, practicaban el préstamo a interés, pues aunque era habitualmente condenado por los profetas, en el Deuteronomio (1) se hizo la salvedad de que la usura, practicada contra los extranjeros era lícita. Este tipo de operación mercantil ganó amplia popularidad en el mundo antiguo, floreciendo extraordinariamente en el comercio griego, hasta llegar a usos sin precedentes en Roma. Sin embargo, los doctores de la Iglesia prohibieron de manera terminante el préstamo por interés y en el Concilio de Euvira, se adoptaron medidas rigurosas para quienes transgredieran estos mandamientos, ya fueran clérigos o laicos. El canon 20 del Concilio de Euvira dice en forma textual: "Si de manera convincente se prueba que un clérigo ha practicado la usura, será degradado y excomulgado. Así mismo, si se prueba que un laico ha practicado la usura se le otorgará el perdón, pero a condición de que prometa no reincidir, ya que si persiste en esta iniquidad, será excluido de la Iglesia."

(1) Deuteronomio: Versículo 23-11

Pero pronto, la realidad de aquel mundo que ^{se} movía a impulsos de un ímpetu milenario se hizo sentir, haciendo imperativas exigencias. Es así con ya, en las avanzadillas del siglo V, descubrimos que la Iglesia se muestra anuente a tolerar la práctica de ciertas actividades económicas. La actitud retraída y sectaria de los primitivos cristianos que informó la política económica de la Iglesia de los primeros siglos, es progresivamente sustituida por una organización eclesiástica que sigue en sus líneas generales la estructura del Estado Romano. Las necesidades materiales de la Iglesia aumentaban día a día a medida que aumentaban sus prosélitos y entonces, la antigua doctrina según la cual el cristiano debía vivir de la limosna y de la caridad pública fué substituída por una nueva norma según la cual era compatible con la ley de Dios la propiedad entre cristianos, ya que la pobreza absoluta resultaba severamente costosa a las jerarquías. "La Iglesia se convirtió en una persona moral dotada de capacidad jurídica", (1) lo que permitía el progresivo enriquecimiento del clero, bien por la vía de la donación o de la compra directa. Con la creación de las órdenes monásticas y la fundación de monasterios, quedó sólidamente sistematizada la política latifundista de la Iglesia. (2)

(1) R. LATOUCHE: Op. Cit. Pág. 50

(2) "De esta manera la institución monástica se hizo en menos de dos siglos propietaria de innumerables dominios territoriales, que fué acumulando sin desprenderse ja-